

La importancia de la investigación científica y sus perspectivas en España *(Amaya Moro-Martín)*

El título propuesto para este artículo indica hasta qué punto hemos retrocedido en los últimos años. ¿Cómo es posible que en pleno siglo XXI se cuestione la importancia de la investigación científica? ¿Está arraigando acaso la visión de que el mundo fue creado en siete días y en el octavo Dios lo dotó de conocimiento científico y consecuentes avances tecnológicos? La investigación científica es una actividad primordial en la sociedad. En primer lugar por el bien intrínseco del conocimiento que genera y su impacto en nuestra visión de nosotros mismos y del mundo que nos rodea; esta faceta es la que hizo que el homo fuera sapiens. En segundo lugar por su contribución a la mejora y el mantenimiento de nuestro estado de bienestar en aspectos que tienen que ver con la salud, el control de nuestro entorno y nuestra capacidad de adaptarnos a unas circunstancias cambiantes, el desarrollo de tecnologías que facilitan nuestro día a día, etc. La investigación científica es una actividad necesaria, aunque no suficiente, para que una sociedad pueda ganarse el adjetivo de civilizada.

Se podría argumentar que un país que abandone la I+D no deja de ser civilizado ya que el conocimiento científico no tiene fronteras. En 1906, Unamuno escribía en un diálogo entre dos personajes *“Inventen, pues, ellos y nosotros nos aprovecharemos de sus invenciones. (...) la luz eléctrica alumbra aquí tan bien como allí donde se inventó.”* Un país que abandona la I+D tiende a un modelo económico más dependiente del exterior y por tanto más vulnerable, con empleos más alienantes y más precarizados, todo lo cual puede repercutir en menos recursos y más desigualdades sociales. El conocimiento y los avances tecnológicos no tienen fronteras pero sólo cuando hay recursos con qué pagarlos. Un país con una economía vulnerable corre el riesgo de privar a sus ciudadanos económicamente menos favorecidos de los aspectos positivos a los que contribuye el avance científico y el desarrollo tecnológico, afectando negativamente su estado de bienestar. Un país donde se impongan dichas privaciones, ¿puede seguir considerándose civilizado?

La perspectiva de una España sin interés por la investigación científica y el desarrollo tecnológico, sin interés por cambiar su modelo económico de uno primordialmente especulativo a uno productivo basado en la generación de conocimiento, es tan preocupante que muchos de sus ciudadanos jóvenes mejor formados están considerando (o ya han abrazado) la idea de emigrar.

¿Y cuál es la postura de los países que los reciben? El Consejo Europeo, en su Dictamen sobre el programa de estabilidad de España para 2012-2015, ha criticado la política de recortes en I+D porque *“la estrategia europea de crecimiento y su respuesta integral al reto actual (...) requiere un impulso de la innovación, la investigación y el desarrollo, (...) componentes vitales de la futura competitividad y desarrollo de Europa”*. El Gobierno español, que obedece ciegamente otras directivas europeas que precarizan el empleo, ha hecho caso omiso de estas tibias recomendaciones que precisamente pueden generar empleo de calidad. No es casual que los países que menos invierten en I+D son precisamente los que han sido rescatados y/o intervenidos (Grecia, Portugal,

Irlanda, Italia y España). ¿No tendría sentido, por tanto, establecer un porcentaje mínimo de inversión pública en I+D como porcentaje del producto interior bruto de cada país, el equivalente moderno al “no les des pescado, enséñales a pescar”? Pero quizá esto no se ajuste con el destino de paraíso de mano de obra barata y sol que han elegido para nosotros ciertos grupos de interés, nacionales y europeos.

Para revelarse contra a ese destino también hay que hacerlo frente a nuestro pasado. Un compañero me enviaba hace poco una cita de Julio Verne de 1865, extraída del libro “De la Tierra a la Luna”. Ante el reto de unos americanos de construir un enorme cañón para enviar un proyectil a la Luna, la novela cuenta como se solicitó la colaboración internacional. Fascinados por el proyecto, Rusia, Alemania, Bélgica, Holanda y Francia, entre otros, enviaron cientos de miles de dólares. *“Respecto a España, no pudo reunir más que ciento diez reales. Dio como excusa que tenía que concluir sus ferrocarriles. La verdad es que la ciencia en aquel país no está muy considerada.”*

El esfuerzo hecho en las últimas tres décadas ha permitido a España alcanzar una producción científica al nivel de su peso económico, alejándonos del estigma “que inventen ellos” y de que no estamos interesados en hacer ciencia ni en ciencia ficción. Pero lo logrado en las últimas décadas corre un serio peligro. Desde el año 2009 se ha llevado a cabo un estrangulamiento presupuestario de la I+D civil sin precedente, con una reducción de aproximadamente un 50% teniendo en cuenta la inflación. A esto hay que añadir una política de recursos humanos que lleva años descapitalizando los centros de investigación y universidades, tanto en puestos de trabajo temporales como permanentes (los últimos, con una tasa de reposición de menos de un 10%). Varias generaciones de investigadores se están enfrentando a tres alternativas: dejar la investigación, emigrar o precarizarse. Para los últimos, implica en muchos casos renunciar a la independencia y creatividad científica, hilando contratos de duración muy limitada y características inferiores a sus cualificaciones, con el objetivo de mantenerse, al menos temporalmente, en un sistema de investigación sumido en un verdadero caos. Cualquiera de las tres alternativas supone una pérdida irreparable que lastrará al sistema español de I+D durante al menos una década porque, en el contexto europeo, ni las instituciones públicas de investigación tendrán capital humano competitivo para beneficiarse de los recursos económicos del Programa Marco, ni las empresas españolas encontrarán personal investigador cualificado para hacer uso de los recursos financieros europeos destinados a potenciar la I+D en el sector privado. Corremos un serio riesgo de alejarnos de Europa en términos de producción científica y generación de conocimiento, lo que nos haría divergir también en términos de crecimiento económico.

En las semanas previas a la presentación del proyecto de Presupuestos Generales del Estado de 2014, representantes de toda la comunidad científica trasladaron a los grupos parlamentarios en el Congreso la necesidad de un pacto para evitar el desmantelamiento actual del sistema público de investigación y asegurar su viabilidad a medio y largo plazo. Todos los grupos mostraron su apoyo incondicional (conservadores y progresistas, nacionalistas y no nacionalistas, monarquistas y republicanos), todos, excepto el partido en el Gobierno.

Un estudio reciente indica que la inversión en I+D no sólo está relacionada con el crecimiento del producto interior bruto de un país sino también con su transparencia democrática. No es demagogia: un líder político que defienda la inversión en I+D está apostando por el futuro del país con una visión de estadista, venciendo la frecuente miopía política que no ve más allá del interés partidista a corto plazo o del beneficio de ciertos grupos de interés. El partido en el Gobierno está aislado en su desprecio por la I+D. Es urgente que reflexionen sobre las causas y actúen de forma responsable.